

## Las iglesias evangélicas en El Salvador\*

### La perspectiva de la sociología del conocimiento y de la religión

El sensacionalismo, el partidismo político y, o religioso y la pobreza del análisis aquejan a la mayoría de los estudios sobre el significativo avance de las sectas o, mejor, de las iglesias evangélicas en América Latina. Los dos sesgos ideológicos principales que subyacen a estos estudios son la defensividad católica y el marxismo reduccionista. La primera observa a las iglesias evangélicas con aprehensión e incluso con mal disimulada irritación, a veces disfrazada de estudiada indiferencia, como si se tratase de invasoras ilegítimas o intrusas en un monopolio largamente disfrutado y ya desde hace décadas definitivamente perdido. El segundo infravalora, con escaso respeto a la realidad, el sentido y los valores religiosos y morales que gozan de relativa autonomía, e incluso, en algunas ocasiones, contradicen los intereses económicos o, al menos, actúan con independencia de los mismos, cuando no los promueven en un sentido reformista que contradice los dogmas revolucionarios utópicos.

La perspectiva aquí adoptada es la crítica, inspirada en Mannheim, Habermas y en Alfredo Fierro. Por un lado, es difícil rechazar el postulado de que todo conocimiento está contextualizado, que obedece a unas determinadas condiciones de producción y, por tanto, pide un tratamiento que lo

resitúe en una consideración compleja del mismo. Por su misma vocación, la ciencia sociológica, sin embargo, recela del relativismo. La autocomprensión que las iglesias evangélicas tienen de sí mismas es muy diferente de la visión que de ellas tienen el científico poco empático con el fenómeno religioso o la Iglesia católica, como ya hemos dicho. El interés emancipatorio o práctico del conocimiento —conocemos para promover una sociedad cada vez más humana— vuelve plausible, sin embargo, la adopción de una perspectiva estructural-global, que implica una valoración de la actuación de las iglesias con criterios básicos de humanidad: derecho a la vida, a una subsistencia digna, a disfrutar de libertades varias que se juzgan fundamentales dentro del patrimonio ilustrado común a las sociedades occidentales. Para Fierro, la religión no se agota en su dimensión ideológica. También funciona, en determinadas circunstancias, con una “simbología praxica”, es decir, de ninguna manera como reflejo distorsionado de las relaciones de producción dominantes, sino, al contrario, como conjunto de creencias y prácticas que persiguen reformas más o menos profundas de las estructuras socioeconómicas y políticas consideradas injustas.

La hipótesis, que el trabajo desarrollado en El Salvador por un equipo dirigido por el autor durante más de dos años, ha visto confirmarse ha

\* Publicado en *Misiones Extranjeras*, Madrid, 121 (enero-febrero 1991) con el título “Génesis y desarrollo de las sectas”.

sido: *mientras que la dimensión política indudable de las iglesias evangélicas (que incluye una faceta de política económica) cumple funciones fuertemente deshumanizadoras o alienantes, paradójicamente la acción de las mismas iglesias desarrolla funciones inequívocamente humanizadoras, en otros aspectos de la existencia más ligados a la vida familiar y cotidiana.*

En otras palabras, nuestros datos no permiten interpretaciones unilaterales o reduccionistas del fenómeno religioso de amplio alcance que constituye el florecimiento de las iglesias evangélicas en América Latina y, más precisamente, en El Salvador. Su actuación remeda, en cierto modo, el símil bíblico del trigo y la cizaña, por cuanto a la tesis weberiana de los efectos racionalizadores de lo "irracional" (los valores y la motivación religiosa, capaces de organizar y favorecer la integración de la identidad individual y grupal y de promover el desarrollo económico) se yuxtapone la tesis, también weberiana y marxista (aunque con muy distinto énfasis), del condicionamiento económico de las orientaciones religiosas, según el cual, las relaciones de producción explotatorias son las responsables de las orientaciones religiosas conformistas y pasivizantes de las víctimas a las que explotan.

*La hipótesis exógena* se inscribe de forma aproximada en esta segunda línea de sabor predominantemente marxista: la cultura de las iglesias evangélicas sería la avanzadilla de la dominación imperialista o neocolonial norteamericana configurada como objeto de exportación a un país de economía capitalista en estado incipiente de desarrollo. La misma cultura, en versión orientada al consumo interno, también florecería en el vecino país del norte (a pesar de los escándalos económicos y sexuales de algunos televangelistas) por su funcionalidad dentro de la sociedad capitalista avanzada.

*La hipótesis endógena*, al contrario, respondería mejor a la tesis weberiana al enfatizar la virtualidad de este tipo de religiosidad en varias esferas de actividad, especialmente en la individual y familiar.

La confrontación dialéctica entre la Iglesia ca-

tólica y las iglesias evangélicas —detectada a través de entrevistas semiestructuradas a líderes y a simples miembros de ambas iglesias y de la prensa nacional y de diversas publicaciones confesionales— permite calibrar el peso respectivo, tanto de las tesis weberiana y marxista como de las hipótesis endógena y exógena, vinculadas con aquéllas.

### Las razones del avance evangélico

¿Por qué y cómo se ha venido produciendo en las últimas décadas una protestantización acelerada de las poblaciones católicas en el continente latinoamericano?

Ante todo, conviene recordar que la evangelización por parte de la Iglesia católica fue ambiciosa por su amplitud, pero insuficiente por la enorme extensión del territorio, el corto número de los misioneros y, sobre todo, por la integración subordinada de la Iglesia en la corona, como señaló Iván Vallier. La influencia católica fue sobre todo por difusión sociocultural nacional o regional a partir de unas élites religiosas, caracterizadas por el mismo autor como "políticas", que intercambiaban apoyos y demandas a nivel local con las autoridades coloniales, frecuentemente sin tomar para nada en cuenta las necesidades y aspiraciones de la población autóctona. Vallier creyó ver a partir de los años veinte, y señaladamente a la hora del concilio Vaticano II, en los sesenta, el relevo de aquellas élites político-religiosas tradicionales por una "Iglesia nueva", en la cual el rol religioso especializado del seglar sería fundamental para la aparición de nuevos tipos de influencia religiosa en la sociedad, a través de distintas formas de interdependencia estructural (universidades católicas, conferencia episcopal latinoamericana, democracia cristiana, etc.). Desgraciadamente, Vallier concedió a la democracia cristiana un crédito que la historia posterior se ha encargado de reducir muy por debajo de la influencia de las élites militares y económicas, ligadas o representadas por la oligarquía remozada, raras veces sustituida por una burguesía nacional desarrollista.

Pues bien, los factores que, según Vallier, propiciaron la aparición de la "Iglesia nueva" fueron

el comunismo y el cristianismo pentecostal, que desde los años veinte supusieron una competencia de creciente importancia para la Iglesia católica en su esfuerzo por atraerse la lealtad de las masas. En 1906, en una reunión celebrada en Panamá, las principales iglesias y sociedades misioneras norteamericanas decidieron repartirse las distintas zonas del istmo centroamericano como áreas de penetración de sus respectivas denominaciones.

Las Asambleas de Dios de El Salvador cifran su origen remoto en la predicación del bautismo del Espíritu Santo y de la sanidad divina en Springs (Missouri), en 1906, así como en la experiencia pentecostal del ministro de color W. J. Seymour, en Los Angeles, durante el mismo año y en el avivamiento (*revival*) consiguiente a que dio lugar durante tres años. Uno de los hombres religiosos de esta corriente pentecostal, que sintió una llamada para ejercer su ministerio en América Latina fue el canadiense Federico Ernesto Mebius, quien llegó a El Salvador en 1906 y predicó en Ciudad Delgado, Monserrat y Las Lomas de San Marcelino (cantón de Coatepeque, Santa Ana), donde estableció la primera iglesia pentecostal, dando así origen a un movimiento evangélico que hoy ocupa, por su importancia numérica y organizativa, el primer puesto dentro del amplio espectro evangélico salvadoreño.

El verdadero organizador de las Asambleas de Dios en el país, sin embargo, fue el salvadoreño Francisco Ramírez Arbizú, amigo de Mebius, quien pidió ser incorporado a dicha iglesia y fue ordenado en Estados Unidos, en 1927. La primera familia misionera norteamericana, los Williams, llegaron a El Salvador en 1929. El pastor Williams permaneció aquí como superintendente o principal responsable durante veintidós años, sucediéndole en el cargo el citado Francisco R. Arbizú. La revista *Luz y vida*, portavoz de las Asambleas de Dios, resume así la obra de los misioneros norteamericanos en el país: "el aporte de los misioneros para el desarrollo y consolidación de la Iglesia en el país fue grande. Ellos vinieron a ser orientadores, consejeros... y padres. Todos son de grata recordación entre los obreros nacionales".

En 1978, los protestantes eran el 7 por ciento de la población salvadoreña. El 68 por ciento de

ellos pertenecía a congregaciones pentecostales. Otras iglesias evangélicas de fuerte implantación en el país son la Misión Centroamericana (cuya llegada se remonta a 1896), las iglesias bautistas, que cubren un amplio espectro de orientaciones doctrinales y los adventistas. Las iglesias protestantes "históricas" o "litúrgicas" —luteranos y episcopalianos— sólo tienen una presencia muy reducida en El Salvador.

El período de mayor crecimiento de las iglesias evangélicas en el país es, sin embargo, la última década, significativamente el período de la guerra civil aún en curso. Según un estudio realizado por la Confraternidad Evangélica Salvadoreña, la tasa de crecimiento anual medio de la población evangélica, entre 1978 y 1982, fue del 22.04 por ciento. Según dicho estudio, para 1987, los protestantes constituían el 22.6 por ciento de la población salvadoreña. En cambio, según otro estudio del Instituto de la Opinión Pública de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (IUDOP), el porcentaje, para esa misma fecha era el 16.4 por ciento, pudiendo atribuirse la diferencia a la inclusión, en el primer estudio, de familiares y simpatizantes no bautizados.

#### La dimensión humanizadora de las iglesias evangélicas

La importancia de la variable religiosa en las formas de vida del pueblo salvadoreño pone de relieve las insuficiencias del tratamiento de esta variable por la teoría crítica de Habermas, escasamente aplicable a las sociedades donde la modernidad no está plenamente establecida. Tanto los aspectos de humanización progresiva como los deshumanizadores tienen, por lo general, importantes connotaciones religiosas en el área centroamericana. Así, por ejemplo, el arzobispado católico de San Salvador viene fungiendo desde hace una década como la principal agencia de servicios sociales para las mayorías marginadas del país, incluyendo un gran número de desplazados por las convulsiones del conflicto civil. Son muchos los organismos internacionales y gubernamentales de varios países que han canalizado sus ayudas a través de los órganos de asistencia y servicio social de la institución católica.

La tarea de las iglesias evangélicas en este campo también ha sido y continúa siendo muy importante. Ellas han recibido ayudas de organismos gubernamentales y privados y, sobre todo, de iglesias y asociaciones religiosas fundamentalistas norteamericanas, lo cual demuestra su buen hacer en el campo asistencial y humanitario. Aunque los primeros destinatarios de la ayuda sean sus propios fieles, no todas las iglesias evangélicas se sirven de ella para el proselitismo, pero hay algunas de notable implantación que incluso lo tienen a gala. De especial importancia es la labor educativa, de signo militante confesional, que realizan los colegios primarios, secundarios y vocacionales o profesionales de la red establecida por el pastor Juan Bueno, líder de las Asambleas de Dios, relacionado con el evangelista Jimmy Swaggart.

En el contexto de crisis orgánica del país, con amplios fenómenos de desarraigo psicológico individual, residencial, de desorganización de la vida familiar y comunitaria, de hambre o desnutrición, de peligro de muerte, de persecución, etc., propios de toda guerra civil, la función humanizadora de las iglesias evangélicas se ejerce, ante todo, en la integración o reintegración de la identidad individual, familiar y comunitaria de sus fieles. Como verdadero "refugio de las masas" (Lalive D'Epina), estas iglesias, con sus métodos personalizados de evangelización, su énfasis en la participación plena en la comunidad de fe y el carácter emocional y entusiástico de su culto, superan en capacidad de reintegración individual, familiar y comunitaria a la Iglesia católica, con su estilo formal, más intelectual que emocional, relativamente frío y burocrático. También en la Iglesia católica de El Salvador, aunque existan numerosas excepciones, el distanciamiento entre el clero, que monopoliza la producción de los bienes simbólicos, y el pueblo es proverbial y tiene el efecto de desanimar la plena participación de los fieles en la comunidad religiosa y cültica.

Una de las bases sustentadoras de esta dimensión humanizadora es el carácter extremadamente sencillo y firme de las creencias evangélicas, mucho menos elaboradas y dotadas de matices que las del catolicismo. En la mayor participación en la comunidad religiosa cabe distinguir tres facto-

res: ante todo, la igualdad básica entre los pastores y los fieles, cimentada en la doctrina del sacerdocio general; en segundo lugar, la elección democrática de los pastores en algunas de estas iglesias, como las bautistas; en tercer lugar, la combinación de autoritarismo con formas de democracia restringida y de promoción gradual a las más altas responsabilidades de la Iglesia, que aparece en el régimen de gobierno de las Asambleas de Dios. Para Lalive D'Epina, el verdadero modelo del ministro pentecostal es el patrón de la hacienda tradicional. La diferencia, sin embargo, estriba en el muy diverso grado de oportunidades de promoción de ambas instituciones.

Aunque en las esferas mencionadas, las iglesias evangélicas realicen funciones humanizadoras, éstas se caracterizan mucho más como un proyecto de restauración social que como una avanzadilla del proceso de modernización. Este sólo es patente en aquellas escasas iglesias que, como las bautistas, exhiben un alto grado de democratización interna. La reintegración individual y comunitaria tiene lugar dentro de los parámetros de la sociedad tradicional y sólo en algunos líderes aparecen, aunque faltas de coherencia y justificación racional, expresiones que apuntan tímidamente en el sentido de la ética protestante, motor, en la teoría weberiana del proceso de racionalización, rasgo constitutivo de la modernidad. Estamos pensando en algunos de los líderes de la Universidad Evangélica y de la asociación interdenominacional "Fraternidad de Hombres de Negocios Cristianos del Evangelio Completo", de claro tinte pentecostal, en la cual se integran católicos y protestantes de muy distintas iglesias.

### **La dimensión deshumanizadora de las iglesias evangélicas**

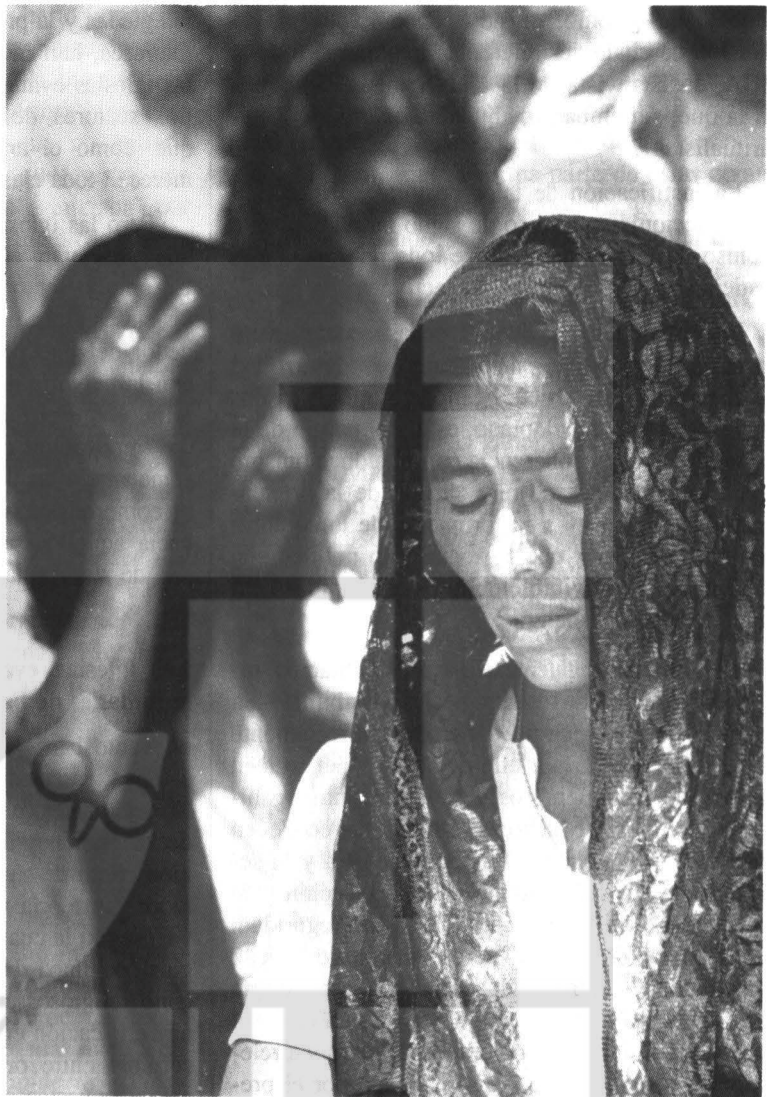
Si el sentido de la estructura social y de las posibilidades de la acción humana colectiva para incidir significativamente en dicha estructura —en vez de ser mero sujeto pasivo de sus constricciones— constituye uno de los rasgos de la modernidad y de la herencia ilustrada, la mayoría de las iglesias evangélicas que operan en El Salvador (agrupadas a nivel continental en CONELA) despliegan una variedad de estrategias evangelísti-



cas, sustentadas en interpretaciones *sui generis* de la tradición cristiana, que las oponen frontalmente a muchos de los valores humanizadores más obvios de esa modernidad y, en concreto, al compromiso cívico y socio-político en todas sus formas.

Es cierto que, dentro de estas iglesias existen minorías, las cuales han comenzado a percibir la inadaptación de esa postura y, en algunas ocasiones, encuentran puntos de referencia modernizantes dentro del propio campo evangélico, en la agrupación de iglesias latinoamericanas CLAI, que apenas cuenta, sin embargo, con miembros entre las denominaciones evangélicas de El Salvador. Una situación diametralmente opuesta a la de El Salvador, Guatemala y Honduras es la de Nicaragua, donde las iglesias evangélicas agrupadas en la CLAI son las más numerosas e importantes y minoría las que se alinean dentro de CONELA.

La intensa emocionalidad del culto pentecostal actúa como uno de los mecanismos de aislamiento del contexto social que caracteriza a las capillas o templos, convirtiéndolos en verdaderos cenáculos ("Aposento alto" es el nombre bien significativo de una de las iglesias fundamentalistas del país y, al mismo tiempo, una referencia frecuente entre las iglesias pentecostales a la sede el primer pentecostés) o islotes de resistencia pasiva al cambio social característico de las sociedades modernas. Dicho aislamiento emocional y organizativo de la sociedad global actúa asimismo como estructura de plausibilidad que atenúa la inevitable disonancia cognoscitiva de los miembros que desarrollan sus roles laborales en un ambiente más o menos moderno y, en todo caso, expuestos al embate de la modernidad, en una



economía de mercado y en los medios de comunicación social.

Esta ausencia de la vida pública y la pretendida neutralidad política no pueden sino ser conscientemente asumidas por parte de los líderes de las iglesias. De ahí que, cuando eligen ignorar los crímenes cometidos o dejados impunes por los poderes públicos o sus aliados en las personas de la oposición legal o en los miembros de la sociedad civil, su silencio e inhibición resulten escandalosos para la sensibilidad moral del ciudadano civilizado y sus confesiones de neutralidad y distante espiritualismo apenas logran disfrazar una mala

conciencia. ¿Como, si no, puede explicarse la omisión de cualquier referencia a la masacre de la UCA, en la revista de la Universidad Evangélica en la que, sin embargo, abundan los artículos "espiritualistas"?

La justificación de tales posturas se busca en un reduccionismo bíblico de signo individualista e incluso intimista, que excluye toda referencia a la justicia social y al esfuerzo colectivo por la paz.

No faltan las actividades de asistencia social en estas iglesias que, sin embargo, se desarrollan en el espíritu tradicional. El modelo, más o menos inconscientemente adoptado, es el del patrón de la hacienda, que, en coherencia con el reduccionismo bíblico apuntado, está muy alejado de la orientación al desarrollo y a la formación de la comunidad por considerar que lo social y lo político son dimensiones inevitablemente corrompidas del mundo, reino del maligno.

Las funciones latentes, que la orientación religiosa y social de estas iglesias posibilita, son aquellas que, aunque no pretendidas directamente por sus líderes, no por ello dejan de repercutir en la vida de los miembros y de la misma organización religiosa. Muchos de ellos las reconocen abiertamente: garantizan la supervivencia y la seguridad de sus fieles frente a la persecución y la represión de las fuerzas armadas y de seguridad. La organización de una "peregrinación por la paz y la libertad", patrocinada por el gobierno y que tuvo lugar el 20 de diciembre de 1989 en la Plaza Cívica del Centro de Gobierno, un intento de relegitimación religiosa, al parecer ideado por el presidente, fue confiada a líderes evangélicos. Esto prueba de forma inequívoca la relación privilegiada de la mayoría de estas iglesias con unos poderes públicos que han merecido constantes censuras de los organismos internacionales por su irrespeto de los derechos humanos e incluso la reducción de la ayuda militar norteamericana por la masacre de la UCA, imputada a elementos de la Fuerza Armada, que hasta ahora han actuado con impunidad.

Otra función latente ha sido la legitimación religiosa del *statu quo* político y económico, tal como lo prueba la simpatía con que las clases pri-

vilegiadas y la prensa nacional, que representa sus intereses, han mostrado de forma creciente hacia las iglesias evangélicas a las cuales oponen aquellos sectores de la Iglesia católica salvadoreña que como el arzobispado de San Salvador, les merecen toda clase de reprobaciones y calumnias.

Pero las iglesias evangélicas no son las únicas que presentan esta dimensión deshumanizadora. Un amplio sector de la Iglesia católica y, en ella, las clases altas, en general (cuantitativamente alrededor del uno por ciento de la población), junto con la mayoría del episcopado y los movimientos religiosos espiritualistas (principalmente, la llamada "renovación carismática") mantienen posturas semejante a las de las iglesias evangélicas. De ahí la comprensión y simpatía que éstas demuestran hacia aquellos sectores, favorecidas por la afinidad de sus formas de oración y expresión religiosa.

#### Las iglesias evangélicas, las sectas y las comunidades de base

Tanto las iglesias evangélicas como la Iglesia católica, en sus distintas comunidades o congregaciones locales, participan, al mismo tiempo, tanto de la función y del carácter ideológico de la religión como de su condición praxica de signo liberador. La teoría weberiana de la "afinidad electiva", según la cual las ideas religiosas tienden a seguir una línea de convergencia con los intereses, tanto religiosos como económicos, encuentra plena verificación en este paralelismo fácilmente discernible entre orientaciones religiosas diametralmente opuestas que no reconocen barreras confessionales. En efecto, la identificación de la corriente católica carismática es mucho más estrecha —ignorando las diferencias doctrinales— con la orientación espiritualista pentecostal que no con la religión de orientación liberadora de las comunidades de base que, como aquélla, proclama su fidelidad a los principios básicos del catolicismo.

Aunque la literatura evangélica explica la diferencia entre las iglesias y las sectas tomando como criterio la adhesión, en las primeras, a sólo la Biblia como regla de fe mientras que, en las segundas, a la Biblia se añade algún otro tipo de creencia, es claro que, incluso desde un punto de

vista especulativo, la distinción es harto imprecisa por cuanto son múltiples las interpretaciones de que es susceptible la Biblia como la misma división de dichas iglesias patentiza. Ahora bien, desde una perspectiva sociológica, que no entraña connotaciones peyorativas, sino que busca una progresiva adecuación conceptual, iniciada por Weber y Troeltsch, las iglesias evangélicas poseen muchos de los rasgos característicos de las sectas, en particular el énfasis en la adhesión voluntaria y adulta, el relativo aislamiento de la sociedad civil y el escaso compromiso en las tareas públicas —consecuencia de su dualismo premilenarista, el cual desanima las tareas de construcción de la ciudad terrena—, el relativo exclusivismo y la falta de soluciones al problema de la socialización en la fe de la segunda generación. De hecho, estas sectas (sociológicamente hablando) pasan con el tiempo a adoptar rasgos del tipo "iglesia", dando así lugar a un nuevo tipo de organización, que Yinger denomina "secta establecida". El estudio de esta evolución, en el caso de El Salvador, deberá esperar la llegada de esa segunda generación. Las dimensiones exiguas del fenómeno evangélico en el país antes del comienzo de la pasada década no hacían posible dicho análisis al favorecer, más bien, su aislamiento y su correlativa intensificación de los rasgos sociológicos sectarios.

Las comunidades de base, como organizaciones religiosas, ofrecen un claro contraste con la vocación originalmente separatista de las sectas protestantes. Su actividad puede más bien considerarse como las de las *ecclesiolae in ecclesia* (Wach), ya que fomentan una forma de vivir el

cristianismo orientada a la cercanía y al servicio a los pobres, a los que consideran lugar privilegiado de la presencia de Dios en el mundo, optando por compartir su existencia y sus luchas de liberación. ¿Por qué sólo una minoría dentro de la Iglesia católica latinoamericana forma parte de estas comunidades? ¿Por qué muchos católicos, generalmente nominales, cuando se convierten a alguna de las formas de religiosidad evangélica, eligen ese tipo de "avance" religioso en vez de integrarse en las comunidades de base?

De forma paralela a como hemos señalado entre las funciones latentes de las iglesias evangélicas de El Salvador la garantía de supervivencia y el trato privilegiado del cual son objeto por parte del gobierno y de la Fuerza Armada, también puede constatar que uno de los rasgos distintivos de las comunidades de base en América Latina y de El Salvador, en concreto, durante la última década, ha sido la persecución. Aunque es bien conocida la valoración positiva de la misma en el cristianismo primitivo, los fieles católicos (generalmente sólo por adscripción familiar y ambiental) insatisfechos por el tipo de doctrina y de práctica habitual de la iglesia de su afiliación nominal, suelen elegir, en su mayoría, nuevas formas de vida y de asociación religiosa que, en medio de la situación de tensión, penuria y peligro que vive el país, les proporcionen consuelo psicológico y espiritual al tiempo que asistencia material. Sólo una minoría se inclina por aquel tipo de religiosidad liberadora cuya secuela inevitable es la persecución y aun la muerte.

Juan Luis Recio